

ESPAÑA, LABERINTO DE SOLEDADES:
LATINOAMERICANIZACIÓN DEL IMAGINARIO NACIONAL
EN *TIEMPO DE SILENCIO Y REIVINDICACIÓN*
DEL CONDE DON JULIÁN

ANTONIO PEDRÓS GASCÓN
Swarthmore College

«La mirada de los demás forma parte del conocimiento integral de nosotros mismos»

(Juan Goytisolo)

«Todas las civilizaciones son civilizaciones de la enajenación y todos los civilizados se rebelan contra la enajenación.»

(Paz, *Laberinto* 442)

Poca gente habrá que se atreva a poner en duda que *Tiempo de silencio* (1962) —de Luis Martín-Santos—, sea uno de los textos más importantes de la literatura española del siglo XX. Obra de un intelectual comprometido con sus ideas socialistas, este trabajo marcó el viraje hacia la experimentación en la narrativa española posterior. En el momento en el que estaba en boga la novela social-realista, de bajas miras estéticas —que Santos Fontela tildó despectivamente como «generación de la berza»—, Martín-Santos publicó una obra que fusionaba el compromiso social con las preocupación y experimentación estética, una obra que abría el camino que seguirían otros autores.

Entre los autores que siguieron el ejemplo de Martín-Santos destaca Juan Goytisolo, que en trilogía del destierro —*Señas de identidad* (1966), *Reivindicación del conde Don Julián* (1970) y *Juan sin*

Tierra (1975)— aúna la experimentación del lenguaje y la liberación del castellano de sus corsés tradicionales, con el compromiso moral con el país que ama/odia. El ejercicio de «liberación del lenguaje» le reportó la alabanza de coetáneos como Carlos Fuentes («Juan» 144-50) y José María Castellet («Introducción» 185-96).

La situación personal de sendos autores es de sobras conocida: el primero, de oficio psiquiatra, era un activo miembro del Partido Socialista, razón por la cual fue encarcelado varias veces en un breve periodo; Goytisolo era un autoexiliado en Francia —situación sensiblemente diferente—. Sin embargo ambos luchaban contra el mismo gigante: la censura, la dictadura del Generalísimo Franco, y el proyecto neohistoricista del Régimen, que se apoyaba libremente en la lectura interesada de la obra de intelectuales como José Ortega y Gasset, Ramón Menéndez Pidal, Marcelino Menéndez Pelayo, Claudio Sánchez Albornoz, etc., y la reivindicación de Castilla por la así llamada «Generación del 98».

En este artículo me propongo ilustrar lo que considero un ejemplo de «latinoamericanización» del imaginario nacional. Para ello voy a utilizar dos de las obras más representativas del periodo del *boom* en la literatura española: *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, y *Reivindicación del conde Don Julián*¹ (1970), de Juan Goytisolo. La distancia temporal que separa ambas obras —casi una década— da viva cuenta de la intensificación de esa perspectiva postcolonial a la latinoamericana por parte de los autores más representativos de la izquierda y la disidencia nacional. Analizo entonces el compromiso político antifranquista en ambos textos, y cómo en ellos sus autores de(con)struyen un mito imperial que fue reapropiado por el franquismo: el de la caída de España por culpa de la «cava» Florinda. Pero considero que en esta deconstrucción y ataque de imaginarios *El laberinto de la soledad* (1950), del latinoamericano Octavio Paz, fue fundamental, y que esta obra permeabilizó y modeló la sensibilidad de ambos autores, reescribiendo el mito en clave postcolonial latinoamericanista.

Dado que entiendo que en la obra de Goytisolo el cuestionamiento del imaginario nacional desde puntos postcoloniales es más evidente, comenzaré con él.

¹ En este estudio recurro a la versión original del texto de Goytisolo, *Reivindicación del conde don Julián*, y no a la edición revisada en 1985, *Conde don Julián*, con prólogo de Linda Gould Levine.

En la primera de las obras de la trilogía del destierro —*Señas de identidad* (1966)—, Juan Goytisolo enfrentaba a Álvaro Mendiola, su alterego novelado, con el pasado colonial familiar, sus señas de identidad. Los Mendiola, familia burguesa catalana, habían hecho fortuna gracias a un ingenio esclavista en Cuba. Como un boomerang, la isla era el síntoma contradictorio de un pasado mejor —el colonial familiar—, y de un futuro revolucionario visto con empatía desde París:

Enrique vivía el fervor y el drama de la Revolución en Cuba y, como en el pasado, soñabas ocioso en el difuso atardecer del jardín, tumbado en una gandula, a la sombra propicia de los árboles. (Goytisolo, *Señas* 400)

En un momento de la novela la familia se reúne en pleno para recibir al rico familiar americano, el criollo indiano que visita España para conocer sus raíces. Él representa para los Mendiola la esperanza colonial de restituir el estatus social a esa familia burguesa venida a menos, y con ese deseo en miras van a su encuentro en el puerto de Barcelona tras haber planeado minuciosamente el protocolo a seguir. La sorpresa y el bochorno no puede ser mayor para una familia que hizo fortuna con el esclavismo, que descubrir que el familiar indiano, es mulato/negro². La Cuba que desembarca en el puerto de Barcelona no es la Cuba colonial y esclavista, la del ingenio azucarero —que sigue existiendo en su imaginario de clase, que es su seña de identidad—, sino la postcolonial. Mientras que el imaginario social de los Mendiola se ha quedado anclado en el tiempo —y con él su idea de «la Hispanidad»—, la historia de América ya es otra, para su desconcierto.

En contraposición con la España franquista de los Mendiola, aferrada al medievalismo mesiánico del falangismo, Cuba en la obra no sólo es el pasado, sino el presente y futuro. Para Álvaro, como para la intelectualidad que oyó el canto de sirenas de la maravillosa revolución, Cuba era —como la Jauja mítica—, el lugar de la utopía y la

² «pues no está / no ha venido / tal vez el señor rubio / no / tampoco / también se va / no entiendo / sin advertirlo tú el negro se había acercado a vosotros y preguntó con timidez / Mendiola / sí señor Mendiola / y aquel descendiente enriquecido de algún bororo esclavo del bisabuelo remoto os había tendido la mano / perdonen dijo / creo que somos parientes / no hubo efusiones ceremonias agasajos / banquetes y la ultrajada tía Mercedes arrugó su nariz caudalosa / aquella noche / corría enjuto y párvulo el año 46 / un melancólico negro cenó a solas en un restaurant de lujo de Barcelona.» (Goytisolo, *Señas* 417-8; en cursiva en el original)

modernidad ambicionada. Y por ello, a la caída de Batista, el interés y contacto de gente de las letras como Goytisolo, José María Castellet o Carlos Barral con Cuba fue en aumento —véase a tal fin las opiniones de Barral en sus *Memorias*—. ¿Cómo no sentir el fervor revolucionario, que acababa con una dictadura militar apoyada por Estados Unidos, cuando la situación en España no era tan disímil? Cuba era la cuenta pendiente con la historia nacional, pero también la llamada de la Historia a una modernidad alternativa, la esperanza de una nueva España, construida sobre un eje transatlántico.

En la siguiente obra de este ciclo, *Reivindicación del conde don Julián* (1970) — a partir de ahora *Reivindicación*—, es en la que mejor se muestra la influencia de los autores y ensayistas latinoamericanos y su temática, tanto a nivel de imaginarios como estilístico. *Reivindicación* es una revisión del mito nacional de la Cava, explicación mítica de la caída de la España visigótica a manos de los «moros» —seres contrarios a la fe católica y por ende «antiespañoles»—.

Tanto el neohistoricismo imperial como el decimonónico y el franquista llevaron la existencia de una España esencial hasta períodos anteriores incluso al asentamiento de los romanos en la península. Numancia, por ejemplo, era el representante excelso de una España esencial a la que el franquismo decía estar volviendo³. En la mitología franquista el pastor luso Viriato era uno de los primeros españoles de pro, Trajano un emperador español, Séneca un filósofo patrio... Sobra decir que para estos autores Portugal carecía de entidad *per se*: en realidad los lusos eran españoles, aunque ellos no lo supieran o se empeñaran en negarlo. Y lo mismo ocurría con los nacionalismos periféricos: esos nacionalismos eran venialidades de juventud, hijos díscolos que se negaban en reconocer a la *Mater Amatissima*, pero que tarde o temprano madurarían y comprenderían su error.

Para poder comprender la revisión del pasado, el ataque a la historiografía franquista por parte de Juan Goytisolo en *Reivindicación*, creo que una de las referencias necesarias es la obra de Octavio Paz *El laberinto de la soledad* (1950) —uno de los ensayos más difundidos y controvertidos del pensamiento latinoamericano de mitad de siglo—, análisis antropológico-cultural de la sociedad mexicana en el que su autor hace uso de Freud y el psicoanálisis para trazar varias

³ «As in the case of fascism in Italy and Germany, the ideology of the Spanish fascist movement Falange Española was based on the mythical notion that the nation's history was an inauthentic deviation from origins. Fascism would «save» the nation by returning it to its «essential nature».» (Labanyi, *Myth* 35)

analogías deterministas⁴. Como no podía ser de otro modo, este estudio incluía también el período de la conquista y la colonia, arrojando nueva luz tanto a la relación entre México y España, como a la propia configuración e identidad española, que era vista provocadoramente desde el otro lado del Atlántico —algo que escasamente podía gustar a las elites franquistas, para quienes dicha equiparación de visiones no podía ser vista sino como una arrogancia—.

En la visión de España de Octavio Paz es obvia la importancia que el contacto con los exiliados españoles tuvo⁵, tal y como se muestra en el prólogo que el propio autor hizo en 1992 a la nueva edición del libro⁶. El pensamiento «heterodoxo» español, trasterrado, y la apuesta política por éste en su intento de re-imaginar España, impregnan la sensibilidad del mexicano, mostrando su apoyo a esa España de la modernidad —que podría haber sido—, e identificando la coetánea franquista con la colonial y antiliberal del XIX, o con los valores del pasado y el periodo de la conquista.

En lo que concierne a Goytisolo —y Martín-Santos, como luego se verá—, creo que los capítulos cuarto y quinto del libro de Paz —«Los hijos de la Malinche» y «Conquista y colonia», respectivamente—, sustentan la conformación de un imaginario antifranquista en clave postcolonial. El primero de estos capítulos es una provocadora reivindicación de la «Malintzin», Doña Marina, la náhuatl concubina, traductora y diplomata de Hernán Cortés. En este ensayo Oc-

⁴ «El análisis de Paz es por tanto filológico en su inicio pero psicoanalítico en sus alcances. Lo atrae tanto la imagería sexual como el mito familiar —suerte de «romance familiar» mexicano— que el grito sintetiza con tres elementos: el Padre violento, la Madre humillada, y el Hijo angustiado por su origen conflictivo.» (Santí, «Introducción» 96)

⁵ «A su regreso de España, a principios de 1938, Paz milita a favor de la causa republicana en varias capacidades: publica una antología de poemas españoles de guerra; comienza a escribir una columna para *El popular*, diario de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, de tendencia procomunista; y funda, con Rafael Solana, Efraim Huerta y Alberto Quintero Álvarez la revista *Taller*. Con el tiempo esta revista, animada por ideas semejantes a las de *Hora de España*, se convertirá en refugio de muchos de los escritores españoles trasterrados en México.» (Santí, «Introducción» 21-22)

⁶ «En la biblioteca de mi abuelo, por lo demás, abundaban los libros con argumentos contrarios a su moderado antihispanismo y al más acusado de mi padre. Los dos identificaban al pasado novohispano con la ideología de sus enemigos tradicionales, los conservadores. Galdós me desengañó: esa pelea era también española.

El antiespañolismo de mis familiares era de orden histórico y político, no literario. Entre los libros de mi abuelo estaban los de nuestros clásicos. Además, él admiraba a los liberales españoles del siglo pasado. Mi adolescencia y juventud coincidieron con el fin de la Monarquía y los primeros años de la República, un período de verdadero esplendor de las letras españolas.» (Paz, «Prólogo» 12)

tavio Paz presenta a Malintzin, «la chingada», como la madre violada de México, el origen real del México actual:

Si la chingada es una representación de la Madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. El símbolo de la entrega es la Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. (Paz, *Laberinto* 224)

Tal vez influenciado por la defensa —en clave psicológica— de la Malinche como alegoría de la nación mexicana, tanto Luis Martín-Santos como Juan Goytisolo hicieron uso de la Cava como representante de la España democrática, violada por la España nacional-católica del franquismo, la atávica pesadilla del pasado.

La cava Florinda es el chivo expiatorio que carga con la «culpa» nacional, como lo es la «Malinche» en el caso mexicano⁷, o Betsabé en el cantar bíblico. A grandes rasgos la historia de la Cava es la siguiente: tras ser violada —o solicitada, según la versión del mito— por el Rey Rodrigo a orillas del Tajo, Florinda refirió este hecho a su padre, el conde Ulbán o Julián, gobernador visigodo de Ceuta. Esta delación desencadena la invasión peninsular por las huestes de Tariq, que son ayudadas por el despechado padre, deseoso de venganza. Ulbán auspicia así la catarsis expiatoria que «castiga» por casi ocho siglos a los «españoles» a vivir bajo el dominio árabe, en lo que podría entenderse como un eco del éxodo judío⁸.

El versátil personaje del que hace uso Goytisolo en *Reivindicación* no es el conde Julián histórico, como él mismo aclara, sino un nue-

⁷ A este respecto puede consultarse Juan Francisco Maura, «Alegoría de la derrota en la Malinche y Florinda «la cava»: dos paradigmas de la identidad hispana.» (259-67)

⁸ En este caso el éxodo aparece convertido en una migración interior en la que el pueblo elegido/castellano se tiene que retirar a la montaña —Covadonga—, a purgar sus culpas hasta que comience la «reconquista» terrenal y espiritual de la tierra prometida (no en vano llamada Sefarad).

El nuevo Moisés, que comienza la travesía del desierto y los guía es Pelayo, guiado por el Dioscuro Santiago —que replica la función narrativa de la columna de fuego—. Y al igual que en el mito bíblico, Pelayo nunca pisará la tierra prometida, y será la mesiánica Reina Isabel —nuevo Josué— quien termine el proyecto, por supuesto representado en la conquista de Granada. La Nueva Alianza y el repudio del becerro de oro, el abandono de las idolatrías —judaísmo e islamismo— están alegorizados en la camisa vieja de la reina, el escatológico recuerdo del sufrido paso por el desierto. La función del nefando tribunal de la Inquisición, creado bajo el reinado de Isabel, será limpiar la sucia camisa, el cuerpo mancillado de España, hasta dejarla —¿étnicamente?— «blanca».

vo Julián que responde a otra coyuntura —a otras «circunstancias» si usamos el término orteguiano—. Como Pierre Menard personaje de una de las *Ficciones* de Jorge Luis Borges (1941) —, el moderno Julián rescribe su historia de España, su *trompe l'oeil* literario, desde la posición de ventaja que le dan los casi cinco siglos transcurridos desde la «recuperación» simbólica de Granada.

Consciente de su omnipotencia como narrador, Álvaro Mendiola construye su reivindicación sin necesidad de recurrir a los actantes que el mito original necesitaba: Rodrigo, Florinda, la personificación del Tajo...⁹ Por su narración —inducida por el consumo de opiáceos— transitan varios personajes que mutan su personalidad, como el carpetovetónico-Figurón-Don Álvaro Peranzules-Séneca...¹⁰ Aunque más que una metamorfosis deberíamos decir que estos personajes parecen metempsicosis, pues sus personalidades se condensan¹¹. En el carpetovetónico, representante de lo sublime español, se concentran rasgos de José Ortega y Gasset —padre del término—, pero también de la figura/Figurón Miguel de Unamuno, del propio general Francisco Franco —alias «el ubicuo» y «tonelete»—, o del fundador de la Legión, José Millán-Astray, entre otros: «abajo la inteligencia, que inventen ellos, lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir!» (Goytisolo, *Reivindicación* 125)¹².

⁹ «reviviendo el recuerdo de tus humillaciones y agravios, acumulando gota a gota tu odio: sin Rodrigo, ni Fradina, ni Cava: nuevo conde don Julián, fraguando sombrías traiciones» (Goytisolo, *Reivindicación* 16)

¹⁰ Como explica Jo Labanyi: «The most successful assault on the concept of national character is the continual metamorphosis to which the figure of Séneca —exalted in Nationalist ideology as the symbol of an innate Spanish stoicism— is subjected, fusing variously with Alvaro Peranzules Junior (Senior being Seneca the Elder), Luis Moscardó (son of the hero of the siege of the Toledo Alcázar in the Civil War, the latter also cast as Seneca the Elder), Little Red Riding Hood, a bullfighter, Unamundo, Sánchez Albornoz, and Franco.» (Labanyi, *Myth* 197)

¹¹ Que el mecanismo que construye los personajes es la metempsicosis más que la metamorfosis lo muestra el uso de juegos lingüísticos, como cuando llama «filosofísimo» a ese personaje —parodiando el título de Generalísimo que Franco se autoconcedió—, y condensando en él otras de las facetas de ese ente/personaje, que representa España esquizofrénicamente.

¹² Goytisolo parafrasea aquí la famosa frase de Millán Astray pronunciada en la Universidad de Salamanca en un acto en defensa del alzamiento. Paradójicamente Don Miguel, que en su día gritaba «abajo la lógica» y que proclamaba una visión elitista de la cultura cercana a Ortega, ha pasado a la historia como un defensor de la República y la cultura por su famosa respuesta a este ataque de Millán —«venceréis, pero no convenceréis»—, cuyo sofoco le costó la vida. Este último Unamuno, el de sus últimos días de vida, es el que aparece en *Notas sobre la revolución y guerra civil españolas* (Madrid: Alianza Editorial, 1991), especie de testamento vital/retractación.

En el personaje que resulta se condensan la interesada mitificación de la Generación del 98 y el paisaje castellano, con la de escritores como Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado —vacas sagradas del republicanismo—, u otros anteriores como Lope de Vega, Fray Luis de León o Benito Pérez Galdós... —«siempre en lucha desigual cantan su invicta arrogancia Sagunto, Cádiz, Numancia, Zaragoza y San Marcial» (Goytisolo, *Reivindicación* 152)—. El motivo de su ataque a figuras de ambos lados del espectro político es que todos ellos —voluntariamente o no—, contribuyeron o conforman la mitificación de Castilla, de la España esencial y su Imperio: el caldo de cultivo del imaginario del que se nutre posteriormente el nacional-catolicismo y el falangismo¹³.

Así por ejemplo el autor parodia a Antonio Machado, autor de *Soledades, galerías y otros poemas* (1907), asociándolo con José Ortega y Gasset y Unamuno, diciendo:

Castilla!: llanuras pardas, páramos huesosos, descarnadas peñas erizadas de riscos: seca, dura, sarmentosa: *extensas y peladas soledades*: patria rezumando pus y grandeza por entre agrietadas costras de cicatrices: obra colectiva de esa preclara generación: la del Filósofo Primero de España y Quinto de Alemania, dispensando su alto y sideral magisterio desde el encumbrado anaquel de sus Hors-D'Oeuvres completos. [...] Ah, me duele España. (Goytisolo, *Reivindicación* 32-3; énfasis mío).

Pero estas «soledades» son algo más que las *Soledades* machadianas. En el término soledades se condensan contradictoriamente varios siglos de literatura en español: las *Soledades* de Luis de Góngora y Argote, autor reclamado para la modernidad por la Generación del 27, y que vivieron una revalorización a partir de la edición crítica y análisis estilístico que de las mismas hiciera Dámaso Alonso (1927); la *soledad* latinoamericana/mexicana de que habla Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950), y de su mano quizá «[los] páramos huesosos» y «[las] extensas y peladas *soledades*» del Comala mítico de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo (1955) —obra de culto de todos los autores del *Boom*—; y cómo no, la *soledad* garciamarquiana

¹³ Como dice Jo Labanyi acerca de *Tiempo de silencio*, en un afirmación absolutamente extrapolable: «*Tiempo de silencio* systematically sets out to denounce the myths of Nationalist ideology. Several critics have noted echoes in the novel of the writers of the 1898 Generation and Ortega y Gasset, but it has not been pointed out that their presence is due to the fact that their ideas were taken up by the founders of the Falange in the 1930s and came to constitute the backbone of Nationalist ideology.» (Labanyi, *Myth* 55)

na de *Cien años de soledad* (1967), que globalizó la literatura latinoamericana y la técnica mágico-realista. El término tiene una historia literaria de gran calado, que condensa temáticamente obras maestras de ambos lados del Atlántico.

Para la Generación del 98 el paisaje agreste *hace* al habitante estoico. Por ello, el autor, para atacar ese determinismo romántico tan implantado en la literatura peninsular, recrea un escenario fantasmagórico propio de un esperpento, mucho más cercano al desierto purgatorio de Comala, que al Gredos de Ortega y Gasset, o a la Castilla de Machado o Unamundo. En la obra de Goytisolo el paisaje no es el lugar de encuentro fructífero con la naturaleza, sino con los fantasmas de la identidad nacional, que le muestran que él, como su cultura, está muerto: su literatura está en pleno proceso de putrefacción, como se lee en el episodio de las moscas en la biblioteca —«desde los polvorientos estantes de la biblioteca cuatro siglos de castellana podredumbre te contemplan.» (Goytisolo, *Reivindicación* 138)

Una de las fuentes de este imaginario nacionalista español es el *Canto VII* de fray Luis de León, o «Profecía del Tajo», la versión literaria más famosa del mito de la Cava, y la versión que el nuevo Julián pareciera manejar: «obligándote a recitar, para consolarte, la Profecía del Tajo: *oye que al cielo toca con temeroso son la trompa fiera que en África convoca el moro a la bandera que al aire desplegada va ligera*» (Goytisolo, *Reivindicación* 41; énfasis mío). Dicha versión ha gozado de excelente salud en los estudios filológicos españoles no sólo por su indudable valor poético, sino también por el inflado análisis lingüístico y estilístico que de la misma hiciera Dámaso Alonso en *Poesía española: Ensayo de métodos y límites estilísticos* (1950). En dicha obra Alonso —discípulo de Ramón Menéndez Pidal— entreteje un meticuloso análisis filológico con un panegírico del castellano como lengua. Siguiendo a su maestro, que elevara en 1912 *El Cid* al rango de ética nacional, Dámaso hace del análisis de los poemas de Garcilaso, fray Luis, san Juan o Góngora, una estilística nacionalista¹⁴. En su texto Dámaso Alonso ensalza las «esencias» patrias y el campo castellano siguiendo la estela marcada por el 98 y continuada por el franquismo¹⁵, y contribuye a la glorificación emprendida

¹⁴ Para un caso similar en la historia de la lengua, véase el artículo de Luis López sobre la obra de Rafael Lapesa *Historia de la lengua española* (1942), obra que cuenta en ediciones posteriores con un prólogo de Menéndez Pidal.

¹⁵ «Y hay un factor geográfico: en España, en la meseta seca ardiente, este paisaje cobra un nuevo encanto: es una delicia para los sentidos atormentados, hostigados por

casi un siglo antes por estudiosos como Marcelino Menéndez Pelayo, en su intento de poner freno a los renacientes nacionalismos periféricos, diciendo por ejemplo de fray Luis «que liga en unidad la cultura de España, quizá sin paralelo en Europa»¹⁶. (Alonso, *Poesía* 133).

Si unas líneas más arriba decía que Ulbán «pareciera» manejar directamente a fray Luis, explico ahora el por qué: Julián/Álvaro no maneja a fray Luis directamente, sino abismáticamente, a través de la lectura de Dámaso Alonso, autor al que Goytisolo reconoce en el índice de personajes voluntarios o no de la novela, y que es a mi entender una más de las facetas/condensaciones de los personajes satirizadas en el carpetovetónico/Figurón/... Es decir, la lectura por Álvaro de fray Luis es una versión condensada, tamizada, como lo es la de Pierre Menard.

El conocedor del texto de Alonso reconocerá fácilmente la parodia a que somete su floreado estilo analítico cuando Álvaro comenta, acerca del libro que está leyendo:

El estilo es noble, la dicción perfecta: copia de citas, espigadas en los volúmenes alineados en los estantes, esmaltan la aridez conceptual del tema con flores de retórica, amena y elegante: qué armonía, qué cadencia, qué ritmo, qué imágenes! y en cada parte de la oración y en cada oración del periodo, qué elipsis, transiciones, giros! Qué movimiento, pasión, entusiasmo! [...] magia única del verso español, de vuestra insigne y ensalzada rima!» (Goytisolo, *Reivindicación* 154-5)

Contraponiendo esa visión de la historia de España, el autor barcelonés propone una lectura heterodoxa de la Cava, de la caída de la España sagrada, en la que el «cuerpo» nacional —que correspondería al de la Cava— es el de Caperucito Rojo/Alvarito, el hijo de Isabel la Católica, que termina sodomizado/penetrado por el musulmán

el ventarrón árido de la paramera. [...] En castellano no hay un orden preestablecido: cada momento expresivo tiene el suyo. Es una maravillosa propiedad de la lengua española (compárese con el orden rígido del francés o del alemán).» (Alonso, *Poesía* 52-3)

¹⁶ La cita completa es ésta: «Fray Luis de León, inmerso en su ciencia antigua, en sus estudios bíblicos, en su cultura grecolatina, pero auténtico español del siglo XVI, no podía escapar a esta ley general de pervivencia, durante el Siglo de Oro, de los temas y aún de las formas medievales: punto quizá el más importante de nuestra literatura, *articulación de los tiempos medios y de los modernos, que liga en unidad la cultura de España, quizá sin paralelo en Europa.*» (Alonso, *Poesía* 133; énfasis mío). Linda Gould Levine, en su nota 53 al texto de *Conde don Julián*, identifica a Dámaso como objeto de burla, aunque toma el libro *Poetas españoles contemporáneos* (1965) como referente (Gould Levine 139)

Tariq/Lobo feroz, antes de suicidarse¹⁷. El cambio de sexo del personaje violado acarrea un cambio de perspectivas genéricas que hace que el hombre —tradicionalmente el actante, el «chingón» de que habla Paz—, cuyo acto se excusa porque «es cosa de hombres», sea el receptor de la acción, sea el «chingado». En la historia de España de Goytisolo, como prueban las vidas de sus heterodoxos favoritos —como Blanco-White o Molinos—, no hay un final feliz.

Claro ejemplo del machismo de cultural español, la culpa era de la Cava por provocar al rey bañándose en el río, poniendo con ello a prueba su regia hombría. Como dice Octavio Paz acerca de ese «chingón» —que en este mito castellano es la figura del rey Rodrigo—:

Es imposible no advertir la semejanza que guarda la figura del «macho» con la del conquistador español. Ese es el modelo —más mítico que real— que rige las representaciones que el pueblo mexicano se ha hecho de los poderosos: caciques, señores feudales, hacendados, políticos, generales, capitanes de industria. Todos ellos son «machos», «chingones». (Paz *Laberinto* 220)

La identificación y defensa de la Cava, de la «Malinche» nacional, es una acometida contra ese imaginario de la conquista defendido por el franquismo, de esa España imperial: es una visión exógena de la historia de España —ya sea desde Marruecos o Latinoamérica, pero desde la post-colonia—. La Cava representa esa España democrática —la republicana— mancillada con la violación franquista¹⁸.

Reivindicación fue publicada en suelo mexicano en el sello editorial de Joaquín Mortiz, a través del que Carlos Barral publicó varios libros prohibidos o imposibles de publicar en la España de la Ley Fraga de 1966. Aunque la publicación de estas obras en México respondían también a una necesidad editorial y económica, no hay que menospreciar el peso que otros factores menos materiales tuvieron en estas decisiones: la publicación en países como México —que tan solidariamente había aceptado a los exiliados españoles tres décadas atrás— era también un espaldarazo a esa España en el exilio, y ha-

¹⁷ La lectura homosexual ya aparece sugerida por Paz en su visión de México al decir: «Un psicólogo diría que el resentimiento es el fondo de su carácter. No sería difícil percibir también ciertas inclinaciones homosexuales, como el uso y abuso de la pistola, símbolo fálico portador de la muerte y no de la vida, el gusto por las cofradías cerradamente masculinas, etc. Pero cualquiera que sea el origen de estas actitudes, el hecho es que el atributo esencial del «macho», la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar.» (Paz *Laberinto* 219)

¹⁸ El libro de Eloy Martín Corrales da cuenta de otras equiparaciones durante el periodo de la República.

cía de ese país un referente cultural, moral y político, para la izquierda peninsular, que soñaba con el ejemplo cubano. Por otro lado, y como sugiere Sebastiaan Faber, la publicación de estas obras servían al gobierno del PRI como cortina de humo con la que justificar una política cultural cada vez más autoritaria, que quedaba disimulada con el uso de estos expatriados como coartada.

Para los intelectuales de izquierda México suponía una apuesta simbólica por una nueva relación transatlántica y por una revisión del pasado colonial, que se buscaba exorcizar. Y a ese exorcismo de lo colonial y lo atávico se dedicaron autores como Octavio Paz primero, y Carlos Fuentes después, uno de los autores que mejor tomó el relevo en el ágora internacional en libros como *Cervantes o la crítica de la lectura* (1976)¹⁹ o *El espejo enterrado* (1992). La defensa y adhesión a Tariq por Goytisolo —al sustrato árabe de la cultura española, pero también todos aquellos «otros» nacionales—, tiene su reflejo en la ensayística de Américo Castro²⁰ y otros exiliados, cuyo trabajo era una apuesta por una España moderna y postcolonial, que superara sus atavismos, frente a las propuestas de autores como Sánchez Albornoz u otros más cercanos al régimen.

La segunda obra objeto de este estudio, *Tiempo de silencio* (1962), es obra de un autor no exiliado que llevó adelante su compromiso y apuesta política desde dentro del país, y fue en España donde se publicó. En su denuncia de la realidad social de la postguerra española Luis Martín-Santos también hace acopio del mito de la Cava como subtexto cultural. Al final de *Tiempo* aparece también nombrada Florinda, en lo que no es más que uno de los múltiples puntos de un

¹⁹ «1521 es el año de la derrota de los comuneros de Castilla en el campo de Villamar. ¿Por qué la juzgo fecha decisiva? ¿No se han cansado los historiadores conservadores, de Danvila a Marañón pasando por Menéndez y Pelayo, de recordarnos que la rebelión comunera no fue más que una especie de brote anacrónico del feudalismo, una insurrección de la nobleza señorial contra el concepto moderno del absolutismo encarnado por Carlos V? Aceptar esta tesis, o negarla, es de gran importancia para entender la vida histórica de España y sus colonias americanas a partir del siglo XVI. Pues si la aceptamos, aceptaremos también que el *imperium* de los Austrias en España y América significó un adelanto que nos puso al corriente con la tendencia a la integración del estado moderno por vía del absolutismo antifeudal, como sucedió en Inglaterra y en Francia. Pero si la negamos, llegaremos a la conclusión de que Carlos V, en Villamar, no derrotó una espectral nobleza feudal, sino que trasladó a España el ideal universalista del Sacro Imperio Romano Germánico, lo refundió con el impulso unitario de los Reyes Católicos y aplastó las tendencias pluralistas y democráticas de la España medieval en tránsito hacia la modernidad.» (Fuentes, *Cervantes* 55)

²⁰ La proximidad e influencia de Castro sobre Goytisolo se ve claramente en la correspondencia que mantenían ambos autores, editada por Javier Escudero Rodríguez.

imaginario común que *Tiempo de silencio* y *Reivindicación* muestran entre sí:

La furia de los dioses vengadores. Los envenenados dardos de la ira. No siete sino setenta veces siete. *El pecado de la Cava hubo también de ser pagado. Echó el río Tajo el pecho afuera hablando al rey palabras de mane-tecel-fares.* (Martín-Santos, *Silencio* 285; énfasis mío)

A lo largo del texto se producen constantes alusiones al mito de la Cava o a sus circunstancias y actantes narratológicos, y mediante los mismos se critica el imaginario nacional del periodo. Entendiendo que el mito de la caída de España ayuda a reestructurar la obra hasta ahí leída en clave mítica, enfatizando el plano simbólico de la acción y su apertura hacia interpretaciones alegóricas, en las que entran en juego imaginarios transatlánticos.

La frase «Echó el río Tajo el pecho afuera hablando al rey palabras de mane-tecel-fares» asocia en una misma acción la leyenda de la Cava —a través de fray Luis, y quién sabe si tamizado a través de Dámaso Alonso, como Goytisolo— con la historia bíblica de Daniel (*Daniel* 5.24-28), en la que una mano misteriosa escribe en la pared del palacio de Baltasar esas palabras mientras el rey celebra una orgía. La interpretación del «mane-tecel-fares» se la da Daniel a Baltasar: su reinado termina ya, ha sido un gobernador injusto y como castigo el reino será dividido en dos. La transposición del mito a la historia española no sólo es que pronostique/explique mitológicamente, *ad pasatum*, la división cainita de España en dos —una mora y otra cristiana; una liberal y heterodoxa, otra conservadora y absolutista; una republicana y democrática, otra nacional-católica y dictatorial; y también una exiliada en ultramar, otra encerrada en las fronteras nacionales²¹—. La introducción al final del libro de esta nota es un revulsivo que reclama del lector cómplice que reinterpreté la historia que hasta ahí ha leído —que sea el Daniel del texto—, pero no (sólo) desde el referente bíblico, sino del mito al que aparece anexo, y que a mi parecer es una de las cifras mágicas de la novela: la Cava.

²¹ «Por otra parte, pocos países han expresado tan vivamente la conciencia de esta dualidad como España. Debido sin duda a su condición de adelantada del capitalismo y de la expansión europea, y a su posterior desfasaje y al cabo marginación en cuanto al desarrollo de ese capitalismo que en gran medida ella hizo posible, el tema de la dualidad tanto externa (Europa / España) como interna («las dos Españas») se convertiría en una constante del pensamiento y de las letras de España casi desde el inicio de la decadencia del país.» (Fernández Retamar, *Contra* 101)

El *motto* «mane-tecel-fares» nos obliga pues a reinterpretar la obra y a buscar/identificar los trazos míticos desplegados, los indicios que llevarán al lector a leer la historia de Florita —nótese la proximidad fónica con el nombre de la hija de Julián, Florinda— como una «cava» violada y muerta al inducirle el aborto su Rodrigo: el «Gentleman-farmer Muecasthone» (Martín-Santos, *Silencio* 67) —del que parece un tributo el «gentleman-farmer de Texas» del que habla Goytisolo en *Reivindicación*—, dueño y señor feudal de los alcázares de pobreza. La violación es posteriormente vengada por el que fuera su novio —Cartucho—, que asesina a Dorita, la novia de Pedro. La venganza no repercute directamente sobre el infractor Rodrigo/Muecas —que de hecho ya está en la cárcel—, pero comparte con el mito el beligerante machismo que (re)presenta a la mujer como objeto abyecto y receptor mudo de la ira colectiva, una «Malinche» patria.

Dorita/Florita —Florinda bifronte— actúa en la obra como las dos caras del mismo arquetipo femenino, que es también el de la nación española: las dos son mujeres «chingadas», chivos expiatorios. El destino de ambas es intercambiable, las dos carecen de identidad jurídica, son simplemente «chingadas», como se concluye de la confusión de las mismas en las autopsias que se les practica²².

En su cruda presentación de la situación de la mujer en la España coetánea Martín-Santos no sólo denuncia el atavismo machista de la sociedad —algo que también hace en su obra inconclusa, *Tiempo de destrucción* (1975)—, sino también la complicidad en éste de algunas mujeres como la mayor de las «parcas», la abuela dueña de la pensión, una Celestina que simbólicamente hunde sus raíces en la cultura española:

[...] porque no estaría bien, digo yo, celestinear a la nieta en quien ha celestinao a la hija con tanto provecho como yo he sabido hacer. [...] Si [la generación de Pedro] hubieran estado en avances, conquistas y violaciones y aprendieran así bien lo del botín y el sagrado derecho a la rapiña de los pueblos conquistados y no lo hubieran leído sólo en novelas, otro gallo les cantaría. (Martín-Santos, *Silencio* 98; énfasis mío)

Como en la obra de Octavio Paz, el «macho» es identificado con el «conquistador» y con la historia colonial —en este caso la Filipi-

²² «¡Esa mujer! Parece como si hubiera sido, por un momento, estoy obsesionado. Claro está que ella está igual que la otra también. Por qué será, cómo será que yo ahora no sepa distinguir entre la una y la otra muertas, puestas una encima de otra en el mismo agujero: también a ésta autopsia.» (Martín-Santos, *Silencio* 287; énfasis mío)

na, pues el macho es violador de tagalas—. La violación de la mujer es identificada con el pasado colonial, con la pesadilla ancestral de la que hay que huir: la conquista.

La historiografía imperial presentaba los ocho siglos de permanencia de los musulmanes en la península como un marcado hiato o avatar en la narración esencialista, un «tiempo de silencio» cultural: los árabes se caracterizan, para esta corriente, por ser un pueblo bárbaro y carente de cultura. Pedro, al final de *Tiempo de silencio* relata —con un pesimismo similar al de la voz poética del poema de fray Luis— el comienzo de su hiato vital/nacional, e imagina delirante a los moros en ciernes de entrar en la península, —«al otro lado» ¿del estrecho?²³—, poniendo con ello las primeras piedras de la esencial reconquista, tan cara a pensadores como Menéndez Pidal o Sánchez Albornoz.

Pero en la España de la posguerra los «moros» tenían también otro intertexto cultural: la famosa Guardia Mora de Franco, su ejército personal hasta 1958 —año de la pérdida del Ifni—, integrada por soldados marroquíes. La riqueza y la paradoja de los mitos es la facilidad con que se reconstruyen y dan lecturas contrapuestas, su versatilidad. Irónicamente, el uso de la Guardia Mora por parte del General Franco permite ver en él al Tariq que invade España, a esa «antiespaña» que llega de Marruecos y se levanta contra la II República, creando un interregno dictatorial, un hiato entre ésta y la que se esperaba III República: la recuperación de la democracia.

Martín-Santos ataca esa falseada España esencial, que renuncia de la historia —en la que claramente se inscriben la presencia árabe y musulmana en la península— para recrear como novela familiar un pasado pseudo-ario. Así, Pablo González, el «burgués» del subdesarrollo Muecas reside en uno de los «soberbios alcázares de miseria», posee unos «gestos corteses heredados desde antiguos siglos por los campesinos de campiña toledana», y muestra «preocupaciones concejiles» (Martín-Santos, *Silencio* 50, 58 y 68, respectivamente).

El fondo material que demuestra la razón en su ataque se nos da en el inicio mismo de la novela, resultado de la reflexión sobre un

²³ «Al otro lado, todavía están los moros. Una cabalgada y los echamos, otra cabalgada, y se van hasta la otra sierra, repoblar, repoblar, cargar la tierra de niños, de hombres, de mujeres que paren, henchirla hasta que se os vayan quedando delgados y cuando ya tengan tanta hambre que parezcan mojamás echarlos fuera y ya veréis, ya veréis lo que harán.» (Martín-Santos, *Silencio* 294)

hecho simple: ¿cómo reclamar un excelso pasado visigodo para la península cuando apenas hay construcciones visigóticas de importancia? La lógica cultural occidental ha sido siempre que el pueblo dominador imponga cultura y religión sobre el dominado, como se observa claramente en la construcción de iglesias cristianas sobre templos paganos en Europa, sobre pirámides en México, etc. Un pueblo que no ha adquirido la sofisticación cultural necesaria para dejar «catedrales» como estandarte de su dominio cultural —«Hay ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia histórica [...] que no tienen catedral» (Martín-Santos, *Silencio* 15-6)—, ¿cómo puede ser un referente excelso de cultura?:

si efectivamente a lo largo y a lo ancho de este territorio tan antiguo hay más anillos redondos que catedrales góticas, esto debe significar algo. [...] *No debe bastar ser pobre, ni comer poco, ni presentar un cráneo de apariencia dolicocefálica, ni tener la piel delicadamente morena para quedar definido como ejemplar de cierto tipo de hombre al que inexorablemente pertenecemos y que tanto nos desagrada.* (Martín-Santos, *Silencio* 223-4; énfasis mío)

En los términos, su análisis polemiza sobre varias ideas de José Ortega y Gasset²⁴ que se quejaba de que las ordas visigóticas que llegaron a España no fueran lo suficientemente arias, que carecieran de la calidad racial de sus congéneres norteos, que hubieran podido rectificar la raza, blanquearla. La confrontación de imaginarios identitarios entre Martín-Santos y Ortega y Gasset tiene su paralelo en las letras latinoamericanas en el *Facundo o civilización y barbarie* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento, o el *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, frente a la América mestiza de José Martí en *Nuestra América* (1891), o el mestizaje de que habla Octavio Paz *El laberinto de la soledad* (1949).

Las palabras con que Martín-Santos describe el problema identitario de ese «tipo de hombre al que inexorablemente pertenecemos y que tanto nos desagrada», parecen parafrasear las palabras con que Octavio Paz enuncia el mismo cuestionamiento en el caso del mexicano, al explicar cómo:

²⁴ «Según él [Ortega], la decadencia de España se debe a un «defecto de constitución» en su herencia racial, que consiste en la calidad inferior de la sangre de los visigodos que invadieron España, con respecto a las tribus germánicas que invadieron el resto de Europa. Según Ortega, los visigodos eran inferior porque no eran germanos auténticos, sino «germanos alcoholizados de romanismo».» (Labanyi, *Ironía* 33-4)

El mexicano no quiere ser ni indio, ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega, y no se afirma en tanto que mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada. Él empieza en sí mismo. [...] El mexicano y la mexicanidad se definen como ruptura y negación. Y, asimismo, como búsqueda, como voluntad por trascender ese estado de exilio. En suma, como viva conciencia de la soledad, histórica y personal. (Paz, *Laberinto* 225-7)

En una España que vivía bajo el neohistoricismo franquista, defensora a ultranza del Imperio y los Reyes Católicos, de la unidad racial española frente a la presencia de moros y judíos, oraciones como ésta dejan ver la aproximación de imaginarios.

En un intento de hacer del defecto virtud, el franquismo, con el que se habían negado a establecer contactos los principales gobiernos occidentales, vivía cerrado al exterior y cerrado frente a la realidad del pasado, a su pérdida de poder. El pensamiento fascista se replegó en un imaginario antiforáneo, xenófobo incluso —¿malinchista, quizá?²⁵—, ensalzando las supuestas virtudes de la «raza» española. Es difícil resistirse a ver en la oposición mexicano/malinchista de Paz un reflejo de la situación desde el siglo XIX en la península entre españoles/antiespañoles, ortodoxos/heterodoxos... El nuevo término equiparable al de malinchista durante el franquismo sería el tantas veces usado por Franco para nombrar la antiespaña: los judío-masones, que andaban en perpetua conjura.

El lenguaje usado por el narrador de Martín-Santos para describir la realidad introduce al lector en un campo referencial-simbólico del imaginario visigótico en España: la insistencia en la «estirpe toledana» del Muecas —Toledo era la capital del reino godó—, la mencionada transfiguración de la chavola en «alcázar» (Martín-Santos, *Silencio* 50) —vocablo de origen árabe que irremisiblemente remite al lector al Alcázar de Toledo, símbolo nacional del franquismo, y de esa España esencial recuperada a los «rojos»—; el *ritornello* al Tajo como escenario en la narración²⁶; las constantes referencias a las teorías raciales germanófilas de Ortega, que aparece caracteriza-

²⁵ «De ahí el éxito del adjetivo despectivo «malinchista», recientemente puesto en circulación por los periódicos para denunciar a todos los contagiados por tendencias extranjerizantes. Los malinchistas son los partidarios de que México se abra al exterior: los verdaderos hijos de la Malinche, que es la Chingada en persona.» (Paz, *Laberinto* 224)

²⁶ Las referencias son varias, pongo una como ejemplo: «[...] y Muecas no recordaba un timbre tan agudo de su voz desde los primeros días, sobre los campos de trigo en la vega del Tajo.» (Martín-Santos, *Silencio* 146)

do como el gran buco goyesco; la estirpe celto-astur de Amador — como Pelayo, sucesor del último rey goda, Rodrigo—; y por último, aunque esta interpretación es mucho más arriesgada, el característico labio «belfo» de Amador y Muecas²⁷.

Propongo la lectura del término «belfo» como un juego lingüístico dentro del campo semántico-referencial visigótico basándome en la cercanía fónica con el alemán «*welfen*» —que en castellano sin embargo se adapta como «güelfo», distanciándose del fonema bilabial germano—. Con este término se nombra a uno de los pueblos germanos —godos—, que en su día se enfrentó a los gibelinos en defensa del papado, al igual que los «nuevos godos» nacionales salieron en defensa de la Iglesia católica, que fue una de sus mejores garantías políticas.

Por otro lado, y dentro de la historia de España, el labio belfo es uno de los atributos de la dinastía de los Austria —que empieza a reinar en España con Carlos I—, la monarquía germana que gobernó en España hasta la muerte de Carlos II, «el hechizado», otro hombre de belfo prominente, como se observa en los retratos de Juan Carreño de Miranda. Como monarquía absoluta los Austria son el símbolo de la unión de Iglesia y Estado en la historia de España, el doloroso precedente de la situación en que vivía la sociedad española de la posguerra y que era usado como referente y justificación. Asimismo los Austria son la dinastía reinante en el momento de mayor extensión del Imperio —Felipe II decía que en su Imperio no se ponía el sol—, frente a la España de los Borbón, bestia negra del nacional-catolicismo.

Soy consciente de las reticencias que puede suscitar aceptar una identificación como ésta, pero considero que la misma justifica la —de otro modo difícilmente explicable— reiteración del término en la obra, y sobre todo su aparición en oraciones como aquella en la que Amador se convierte en simbólico adalid de un pueblo de «belfos gloriosos»²⁸.

²⁷ «Amador a fuer de hombre de belfo prepotente tenía satisfecha a su mujer. Ella admiraba las tonalidades cariñosas del asturiano paterno, ella admiraba su puesto en la sociedad más elevado que el de sereno de comercio [...] Celta-cauto, astur-bravío, aunque nacido en el mismísimo cogollito del mundo, sus atavismos le permitían conducir su derrotero con ventaja sobre la masa de aborígenes esteparios.» (Martín-Santos, *Silencio* 190-1)

²⁸ «¡Allí estaban las chabolas! Sobre un pequeño montículo en que concluía la carretera derruida, Amador se había alzado —como muchos siglos antes Moisés sobre un monte más alto— y señalaba con ademán solemne y con el estallido de la sonrisa de sus

El hecho comprobable que la novela insiste en denunciar es que los españoles no son arios —como el filo-germanismo fascista deseaba—, pero que sin embargo comparten con los arios un rasgo que les une, que en realidad une a todas las culturas occidentales entre sí: la violencia racial, sexual, social..., que se ejerce sobre los «otros».

Tiempo de silencio denuncia el machismo como uno de los elementos atávicos propios de la cultura española —al igual que Paz lo hace con la mexicana—, y la violencia de género como una de sus prácticas generalizadas, tal y como se concluye del análisis de las relaciones desplegadas en su libro: Pedro viola a Dorita (Martín-Santos, *Silencio* 117); Muecas viola a su mujer y posteriormente viola y mata a Florita al intentar inducirle un aborto; el marido militar de la parca, «correteador de tagalas, coleccionador de fotos de las indígenas en cueros.» (Martín-Santos, *Silencio* 118), ejerce su «sagrado derecho a la rapiña» (98) violando primero a las tagalas (21), y después violando y pegando a su mujer, etc. Violencia sexual y conquista aparecen reiteradamente asociadas.

En un *mise-en-abîme* narratológico, las mujeres que aparecen en la novela sufren un destino que se repite. Todas ellas son Cavas, «Malinches», «tagalas»... desde la mujer del Muecas, violada literalmente en la vega del Tajo, y que pare «pensando en los moros que podían llegar de un momento a otro» (Martín-Santos, *Silencio* 246), a las parcas de la pensión. Y de una manera u otra, ambas buscan/contribuyen a la restitución catártica del orden violado, de la violación de su cuerpo. Así el Muecas es denunciado por su mujer a la policía, y la parca narra la muerte del marido a manos de los moros:

[...] y habían caído por ser hombres con otras tagalas, pero no hubo nada que hacer y nos quedamos sólo con mi Carmencita que tenía ya veintiocho años cuando él cayó definitivamente a manos de moros, cuando la catástrofe. (Martín-Santos, *Silencio* 21)

Aunque la catástrofe real a que hace referencia la parca es el conocido como «desastre de Annual» —uno de los episodios de la guerra hispano-marroquí, ocurrido en 1921, en el que el ejército español sufrió una aplastante derrota ante las tropas de Abd el-Krim—, la catástrofe por antonomasia es la pérdida de las últimas colonias —Cuba y Filipinas— en 1898, que pone fin al imperial. El hecho de

belfos gloriosos el vallizuelo escondido entre dos montañas altivas [...] los soberbios alcázares de la miseria.» (Martín-Santos, *Silencio* 50; énfasis mío)

que el militar haya participado en ambas contiendas facilita también que ambas debacles se puedan intercambiar.

Por último, además de la violencia y el machismo Martín-Santos denuncia el incesto como uno de las bases de esta «civilización» occidental —una de sus prácticas de poder habitual, como lo demuestran sus monarquías— al decir:

*Como si no fuera el tabú del incesto tan audazmente violado en estos primitivos tálamos como en los montones de yerba de cualquier isla paradisíaca. [...] Como si el hombre no fuera el mismo, señor, el mismo en todas partes: siempre tan inferior y la precisión de sus instintos a los más brutos animales y tan superior continuamente a la idea que de él logran hacerse los filósofos que comprenden las civilizaciones. (Martín-Santos, *Silencio* 52-3; énfasis mío)*

Como posteriormente hace Roberto Fernández Retamar en su ensayo postcolonial *Calibán* (1971), al denunciar cómo Europa —y con ella España— crea interesadamente el mito del caníbal para justificar una supuesta superioridad moral sobre la población indígena, Martín-Santos, al equiparar lo que ocurre en España con lo que pasa en «cualquier isla paradisíaca» —¿del Caribe? ¿del Pacífico? ¿del archipiélago filipino?—, lleva adelante una identificación postcolonial que intenta desexotizar al «otro», y reconocerle su igual dignidad —puesta en duda por el imaginario del Imperio—.

En el Hispanismo el 98 es mucho más que una simple fecha referencial: es también la base de una disputa por la hegemonía cultural y literaria del español, que tradicionalmente se ha figurado en modernismo [hispanoamericano] versus noventaiochismo [peninsular]²⁹. Por encima de lo estrictamente literario, en la disputa entre una y otra posición está de fondo la visión de España y su relación con América, o viceversa, y por ello la historiografía franquista hizo

²⁹ Para un sumario y análisis de las disputas entre defensores del modernismo y el noventaiochismo como corrientes similares o diferentes, consúltense los volúmenes 6 y 6/1 *Historia y crítica de la literatura española* de Francisco Rico (Barcelona: Crítica), editados por José-Carlos Mainer.

Entre los partidarios más importantes de una visión transnacional y transatlántica del fenómeno literario sobresalieron los poetas exiliados Pedro Salinas (1941) y Juan Ramón Jiménez (1953), o el crítico Ricardo Gullón (1969) —represaliado republicano también—. En la defensa del 98 como un movimiento identitario y literario nacional sobresalen José Martínez Ruiz, Azorín (1913) —el autor que difundió el término en su sentido literario—, Pedro Lafu Entralgo (1948) y Guillermo Díaz-Plaja (1966), estos dos últimos autores muy cercanos al régimen. Ocurre además que Lafu Entralgo fue el director de tesis doctoral de Martín-Santos.

del noventaiochismo en uno de sus referentes de la identidad más importantes. Clara consecuencia de esto, el cuestionar la idiosincrasia del movimiento suponía un cuestionamiento de bases de la historiografía falangista.

En este cuestionamiento del 98 como fenómeno endocéntrico castellanista coincidieron tanto los exiliados republicanos, como autores nacionalistas periféricos —como Joan Fuster, autor del ensayo de elocuente título *Contra Unamuno y los demás* (1975) —, o postcoloniales latinoamericanos. En esta última área destacaría al poeta Roberto Fernández Retamar autor del ensayo «Modernismo, noventaiocho, subdesarrollo» (*Para* 97-106), claro ejemplo de desembarco postcolonial sobre las letras peninsulares a un nivel transatlántico³⁰. En ese ensayo el autor cubano identifica el fenómeno literario como un ejemplo «pensamiento del subdesarrollo» (Fernández Retamar, *Para* 101), y a Unamuno como

[...] un característico pensador del subdesarrollo, desde sus temas hasta sus géneros, desde sus aciertos hasta sus confusiones. Y más precisamente —como suele ocurrir en estos casos—, del subdesarrollo español, aunque no careciera de atisbos hispanoamericanos e hispánicos en general. (Fernández Retamar, *Para* 103)

A la denuncia o lectura de España como país subdesarrollado que hace el socialista Luis Martín-Santos se adhirió posteriormente, en el ensayo, el profesor universitario —y futuro Ministro de Asuntos Exteriores del gobierno socialista de Felipe González— Fernando Morán. El título de dos de sus obra ensayísticas lo dice todo: *Novela y semidesarrollo (Una interpretación de la novela hispanoamericana y española)*³¹ (1971), y *La destrucción del lenguaje* (1982), títulos de innegable impronta latinoamericana. Ejemplos como éstos muestran

³⁰ «Queremos ofrecer otra hipótesis sobre la unidad de España e Hispanoamérica que el modernismo va a expresar. En el último cuarto de siglo XIX, afirmadas ya e incluso en vías de expansión imperialista las potencias capitales de Europa y los Estados Unidos, se hace evidente que no sólo los países hispanoamericanos, sino la propia España no se cuentan entre esas potencias: han sido marginadas de la línea mayor de la historia, y constituyen lo que, entrado el siglo XX, se llamarán países subdesarrollados.» (Fernández Retamar, *Para* 99)

³¹ «Si lo anterior nos puede, tal vez, servir para distinguir entre la función de la literatura en la infra y en el semidesarrollo, las tenues protuberancias que emergen en la misma cuerda —transición, modernización, crecimiento, desarrollo— nos pueden ser de mucha utilidad para situar las relaciones entre obra literaria y sociedad en los países latinoamericanos y también en los retrasados de la zona global europea, en especial en los de la Península Ibérica.» (Morán, *Novela* 202)

que la realidad cultural y literaria peninsular era leída a través de varios de los ideogramas del latinoamericanismo, con ojos latinoamericanizados.

Gracias a la producción de estos autores, intramuros o exiliados, españoles y latinoamericanos, España se enfrentaba a su difícil historia colonial, y se preparaba para el fin de la pesadilla —la muerte del dictador—, con la que se esperaba recuperar los lazos perdidos, las señas de identidad. España soñaba su transición a otra vivencia de la Hispanidad, de la cultura común, y con ella otra idea de España, porque, y citando a Fuentes: «España no cabía en España.» (Fuentes, *Cervantes* 50)

OBRAS CITADAS

- Alonso, Dámaso. *Poesía Española: ensayo de métodos y límites estilísticos: Garcilaso, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Góngora, Lope de Vega, Quevedo*. 1950. Madrid: Editorial Gredos, 1952.
- , ed. *Soledades*. Luis de Góngora. Madrid: Revista de Occidente, 1927.
- Barral, Carlos. *Memorias*. Pról. José María Castellet y Alberto Oliart. Barcelona: Península, 2001.
- Borges, Jorge Luis. «Pierre Menard, autor del Quijote.» *Ficciones*. 1941. *Obras completas 1923-1936*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1992. 32-9.
- Castellet, José María. «Introducción a la lectura de «Reivindicación del conde don Julián» de Juan Goytisolo.» *Juan Goytisolo*. Gonzalo Sobejano, et al. Madrid: Fundamentos, 1975. 185-96.
- Castro, Américo. *El Epistolario: cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo (1968-1972)*. Pról. Juan Goytisolo, ed. e int. Javier Escudero Rodríguez. Valencia: Pre-Textos, 1997.
- , *España en su historia: cristianos, moros y judíos*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1948.
- , *La realidad histórica de España*. México: Editorial Porrúa, 1954.
- Faber, Sebastiaan. *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*. Nashville, TE: Vanderbilt UP, 2002.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. 1971. México: Diógenes, 1974.
- , *Calibán. Contra la leyenda Negra*. 1971-1977. Pról. Carmen Alemany. Lleida: Universitat de Lleida, 1995.
- Fuentes, Carlos. *Cervantes o la crítica de la lectura*. 1976. Alcalá de Henares: Biblioteca de Estudios Cervantinos, 1994.
- , *El espejo enterrado*. 1992. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- , «Juan Goytisolo: la lengua común.» *Juan Goytisolo*. Gonzalo Sobejano, et al. Madrid: Fundamentos, 1975. 144-50.
- Fuster, Joan. *Contra Unamuno y los demás*. Barcelona: Península, 1975.
- Gould Levine, Linda. «Introducción.» *Don Julián*. Ed. de Linda Gould Levine. Madrid: Cátedra, 2004. 9-93.
- Goytisolo, Juan. *Don Julián*. Ed. de Linda Gould Levine. Madrid: Cátedra, 2004.
- , *Juan sin tierra*. 1975. Barcelona: Mondadori, 1994.
- , «Presentación crítica de José María Blanco White.» *Obra Inglesa*. José María Blanco White. Buenos Aires: Ediciones Formentor, 1972. 79-98.

- , *Reivindicación del conde Don Julián*. 1970. Madrid: Alianza Editorial, 1999.
- , *Señas de identidad*. 1966. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Jiménez, Juan Ramón. *El modernismo, notas en torno de un curso, 1953*. México: Aguilar, 1962.
- Labanyi, Jo. *Ironía e historia en Tiempo de Silencio*. Madrid: Taurus, 1983.
- , *Myth and History in the Contemporary Spanish Novel*. New York: Cambridge UP, 1989.
- Lain-Entralgo, Pedro. *La generación del noventa y ocho*. Madrid: Espasa-Calpe, 1948.
- Lapesa, Rafael. *Historia de la lengua española*. 1942. Pról. de Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Gredos, 1980.
- López, Luis. «The Origins of Spanish Revisited: Linguistic Science, Language Ideology and Nationalism in Contemporary Spain.» *Bulletin of Spanish Studies* 84.3 (2007): 287-313.
- Machado, Antonio. *Soledades, galernas y otros poemas. 1903-1907*. Madrid: Calpe, 1919.
- Mainer, José-Carlos, ed. *Modernismo y 98. Historia y crítica de la literatura española* 6. Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1980.
- , ed. *Modernismo y 98. Primer suplemento. Historia y crítica de la literatura española* 6/1. Francisco Rico. Barcelona: Crítica, 1994.
- Martín Corrales, Eloy. *La imagen del magrebt en España: una perspectiva histórica, siglos XVI-XX*. Barcelona, Bellaterra, 2002.
- Martínez Ruiz, José. (Pseud. Azorín). «La generación de 1898.» 1913. *Obras completas*. Vol I. Madrid: Aguilar, 1975. 1125-35.
- Martín-Santos, Luis. *Tiempo de destrucción*. Ed. y pról. José-Carlos Mainer. Barcelona: Seix-Barral, 1975.
- , *Tiempo de silencio*. 1962. Barcelona: Seix-Barral, 1993.
- Maura, Juan Francisco. «Alegoría de la derrota en la Malinche y Florinda «la cava»: dos paradigmas de la identidad hispana.» *Hispanic Journal* 16.2 (1995): 259-67.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Canitar del Mío Cid: texto, gramática y vocabulario*. 1912. Madrid: Espasa-Calpe, 1946.
- Morán, Fernando. *La destrucción del lenguaje*. Madrid: Editorial Mezquita, 1982.
- , *Novela y semidesarrollo (Una interpretación de la novela hispanoamericana y española)*. Madrid: Taurus, 1971.
- Ortega y Gasset, José. «Verdad y perspectiva.» 1916. *Obras Completas*. Vol II. Madrid: Alianza Editorial, 1983. 15-21.
- Paz, Octavio. «Prólogo. Entrada retrospectiva.» 1992. *El laberinto de la soledad*. New York and London: Penguin Books, 1997.
- , *El laberinto de la soledad*. 1950. Ed. de Enrico Mario Santí. Madrid: Cátedra, 2004.
- Rodó, José Enrique. *Ariel*. 1900. Ed. Belén Castro. Madrid: Cátedra, 2000.
- Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. 1955. Ed. José Carlos González Boixo. Madrid: Cátedra, 2000.
- Salinas, Pedro. «El concepto de generación literaria aplicado a la del 98.» 1941. *Literatura española. Siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial, 1970. 26-33.
- Sánchez Albornoz, Claudio. *España, un enigma histórico*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1957.
- Santí, Mario Enrico. «Introducción.» 1993. *El laberinto de la soledad*. Ed. de Enrico Mario Santí. Madrid: Cátedra, 2004, 11-137.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. 1845. Ed. Roberto Yahni. Madrid: Cátedra, 1990.
- Unamuno, Miguel de. *El resentimiento trágico de la vida: Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*. Not. Carlos Feal. Madrid: Alianza Editorial, 1991.

BLANK PAGE